

DECIMA CARTA PASTORAL

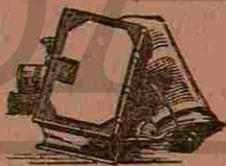
DEL

Ilmo. Sr. Obispo de León, Dr. D.

Leopoldo Ruiz,

SOBRE LAS

MALAS LECTURAS



LEÓN, 1903

Imprenta Guadalupana de Camilo Segura.
Plaza de Gallos Número 17.

BX874
.R85
D4
1903
c.1

98

BX874

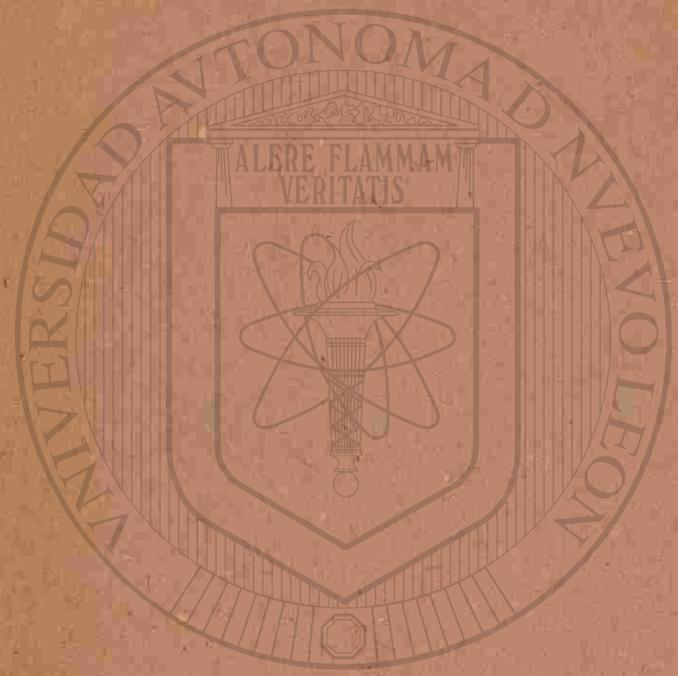
.R85

D4

1903

c.1

98



Décima Carta Pastoral

— DEL —

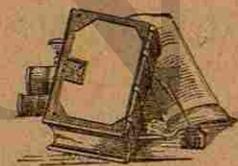
ILMO. SR. OBISPO DE LEON

DOCTOR DON LEOPOLDO RUIZ

— SOBRE LAS —

Malas Lecturas

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
LEON. — 1903

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

IMPRENTA GUADALUPANA DE CAMILO SEGURA.

40800



FONDO EMERITIO
VALVERDE Y TELLEZ

B x 899

28

09



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



NOS, EL DR. D. LEOPOLDO RUIZ,
Por la gracia de Dios y de la Santa
Sede Apostólica, Obispo de León.

Al Ilmo. Sr. Dean y Cabildo, al Venerable Clero Secular y Regular, y á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud, paz y bendición en Jesucristo Señor Nuestro.

Amados hermanos é hijos nuestros:

NO son ya los fervorosos católicos solamente, sino también los hombres que sienten algún interés por el bien de la humanidad, los que lamentan los estragos causados por las malas lecturas, y con toda justicia temen por el porvenir que se espera á la sociedad, si esta no se precave oportunamente del peligro. Movidos por el deber sagrado de Pastores de vuestras almas, y fiados en vuestra docilidad, venimos á daros la voz de alerta y cómo anhelamos que ella llegue hasta los confines de nuestra amada Diócesis, sin que un solo hogar quede sin escucharla!

A todos y cada uno de vosotros, fieles de la Diócesis de León, nos dirigimos; porque el peligro es común pa-

003598

ra todos. Escuchad la voz de vuestro Obispo y medita por un momento sus enseñanzas.

Por nuestra parte, pedimos con todo nuestro corazón al Espíritu Santo que, por intercesión de su castísima esposa la Virgen Ntra. Señora, os ilumine, para que seáis apreciar justamente la grandeza del mal que os vamos á descubrir.

Asunto es este de las malas lecturas que ha tratado magistralmente el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Carlos Gustavo Walravens, Obispo de Turnay en Bélgica, en una hermosísima Carta pastoral dada en 27 de Obre. del año próximo pasado, Carta que hacemos en todo nuestra y traducida en nuestra lengua es del tenor siguiente:

CARISIMOS HERMANOS:

Desde los tiempos apostólicos, la vigilancia de la Iglesia ha precavido á los fieles contra las obras depravadas de la literatura antigua. Ejemplo tenemos de ello en la misión de S. Pablo en Efeso, cuando los cristianos, convertidos por su palabra, arrojaron al fuego los libros inficionados de errores y torpezas del paganismo, sin atender á su valor. No disminuyó en lo sucesivo el celo de los pastores, que no ha cesado de condenar los escritos perversos, ni de dar á conocer su perniciosa influencia en las almas. No juzgamos necesario citar el testimonio de los doctores y escritores sagrados. Nada queda por decir con relación á tan importante asunto, y la tradición cristiana reprueba unánimemente los escritos contrarios á los principios de la fe, de la moral y disciplina de la Iglesia.

Pero aumentando nuestra responsabilidad con los peligros que á las almas amenazan, un deber sagrado de conciencia nos obliga á levantar la voz. Hoy más que nunca se ve el mundo inundado por un diluvio de publicaciones que nada respetan, que no admiten regla, ni freno, ni autoridad alguna. Publicaciones que se introducen por doquiera: en el hogar, en la escuela, en la fá-

brica, en el taller. Hombres que se llaman y se juzgan cristianos, los compran y ostentan complacidos, en los viajes y hasta en el seno de las familias, dando el más funesto de los ejemplos, y exponiendo á la vez su propia salvación.

Leed esos anuncios de sensación, esos avisos públicos, esos títulos escandalosos que á nuestra vista se presentan en todas partes. Mirad esos carteles que, manchando los muros de nuestras ciudades, penetran hasta las últimas aldeas para excitar la curiosidad malsana de los transeuntes. Ora es el libro malo, ora el periódico obscuro ó la novela licenciosa, que provocan á las almas hasta en los umbrales de sus casas, para hacer vacilar sus creencias y arrebatarles su virtud.

En las actuales circunstancias, sólo la autoridad de la Iglesia es capaz de oponer un dique firme y eficaz á los desbordamientos de la mala prensa.

Deseando, pues, en cumplimiento de los deberes de nuestro cargo, ilustrar vuestras conciencias y daros instrucciones adecuadas á las necesidades de los tiempos, señalaremos claramente la mala prensa, demostraremos y refutaremos los pretextos que se invocan para autorizar toda clase de lectura.

I. ¿Cuáles son las publicaciones malas?

Llamamos *mala* toda obra, escrito, impreso, que ataque á la religión católica, ya sea en sus dogmas, pruebas, autoridad ó gerarquía, ya en su cabeza ó sus ministros, ya en su moral, prácticas ó disciplina.

¿Cuál es el cristiano sincero que osaría tomar la defensa de semejantes publicaciones? Si existe una verdad conocida, preciso es admitirla; si existe una religión divinamente establecida, ella exige nuestra adhesión con toda la autoridad de su Fundador.

El libre pensamiento nos llama á la discusión, porque no tiene principios religiosos. Ahora bien, si dirigiéndome á los hombres faltos de fe les pregunto: ¿existe Dios?

¿tenemos acaso un alma inmortal? ¿no nos aguardan penas y recompensas en la vida futura?

Este me responde, sí: el otro, nó: el tercero, tal vez, ó bien, lo ignoro.

Pasemos á las reglas de justicia y equidad, á las leyes de la familia y á las bases esenciales del orden público, y hallaremos las mismas dudas, la misma ignorancia, idénticas contradicciones. Los sistemas de la incredulidad no presentan, sino un caos de tinieblas y confusión, al espíritu desecoso de orientarse en el mundo religioso y moral.

Cuán diferente es la situación del católico, hallándose, como se halla, en posesión de la certeza absoluta, respecto á los graves problemas que se refieren á la felicidad del hombre, á los deberes de la vida, á los medios de alcanzar su fin supremo y á la sanción última de sus acciones. Nuestro Evangelio es manantial de toda verdad religiosa, nuestro decálogo, regla de toda virtud, cuyo doble depósito conserva intacto la Iglesia católica. Tal es nuestra invariable convicción fundada en las palabras y autoridad de Jesucristo, cuya divinidad tan evidentemente demostrada en nuestros libros sagrados, se refleja en los acontecimientos principales de la historia.

Ahora bien, cuando un libro, una revista, un folleto ó periódico, una publicación cualquiera atacan á Cristo en su persona, en su doctrina ó en su obra, la conciencia cristiana, como la Iglesia, debe lanzar el grito de anatema: "*Anathema sit!*"

II. La Iglesia tiene el derecho y el deber de condenarlas.

La Iglesia prohíbe las malas lecturas á los fieles, tal es su derecho, tal es su misión. Encargada de conducir á las almas á la salvación eterna, además de ilustrarlas, guiarlas, y sostenerlas, debe preservarlas del peligro.

"*Quien á vosotros oye á mi me oye, dice el Salvador, y quien á vosotros desprecia, á mi desprecia.*"

Por tanto, debemos escuchar á los pastores, no sólo cuando ordenan, sino también cuando prohíben.

III. La Iglesia condena únicamente las publicaciones que merecen ser condenadas.

Este poder de la Iglesia, tan bien fundado en su principio, no es arbitrario en su ejecución. He aquí un punto que importa comprender: *Los libros no son malos porque la Iglesia los condena, sino que la Iglesia los condena porque son malos.*

Sólo por graves motivos caen bajo la censura, y los que se abstienen de leerlos, rinden homenaje tanto á la sabiduría del Pastor Supremo, como á su autoridad infalible.

No os engañen las apariencias en este particular. Para que un libro sea malo, para que deba condenarse una publicación, no es necesario que ataque directamente la fe, la moral y la disciplina de la Iglesia. Hay artificios más peligrosos que la hostilidad abierta, reticencias más péfidas que la negación brutal, comparaciones más impías é injuriosas que la blasfemia.

¿No es acaso una habilidad muy común en nuestros días, comparar nuestros Libros Santos con las leyendas mitológicas de Oriente, de la India y de la China? Se cuenta á Jesucristo entre los sabios y fundadores de religiones; pero sin reconocer su divinidad. Del mismo modo se desnaturalizan los hechos históricos, se pasan en silencio los beneficios del cristianismo. En ciertas obras, impropriamente llamadas históricas, se hace alarde de no pronunciar siquiera el nombre del Salvador de los hombres.

Así como puede destruirse la fe de las almas por el silencio, así puede arruinarse el imperio de la moral cristiana sin nombrarla, haciendo sencillamente la apología

del vicio ¿Sabéis en qué consiste el arte supremo de los autores licenciosos? En prestar á la pasión un aspecto amable; en revestir la sensualidad con el ropaje de la inocencia; en representar los instintos perversos de la naturaleza triunfando de todo cuanto respeta un corazón recto; perfidia que constituye el último término de la depravación.

Supongamos que la intención del autor sea mejor que su obra, no por esto deja de existir todo el mal en la pintura lasciva; poco importa, en este caso, la intención. “¿Quién no conoce las novelas? dice un orador sagrado, ¿quién ignora que, bajo esa trama de acontecimientos supuestos, cuyas circunstancias se enlazan, se suspenden, detienen la respiración del lector, y atormentan su corazón, para arrojarlo angustiado á un desenlace largo tiempo deseado ¿quién ignora que, bajo esa trama, se oculta el mundo, procurando inocular el virus pestilencial que deshonorá su vida? ¡Ay! horas de atención funesta; entretenimientos secretos de una curiosidad inquieta y maléfica; cuántas almas no habéis perdido! jóvenes, niños, á quienes protegía aún el recuerdo de una educación religiosa y severa ¿dónde bebisteis por vez primera, la corrupción del mundo, sino en aquellos libros, cuyo estilo fácil y á veces seductor ocultaba apenas, cual velo ligero, terrible desnudez? ¿Cuándo concibió vuestro corazón el primer deseo de abandonar el camino del deber hasta entonces seguido, y de arrojarse á la corriente de las pasiones, sino cuando os ocultábais para devorar con mirada indiscreta las pinturas peligrosas de la vida mundana? (*Monsabré. Ejerc. pasc. 1877.*)

IV. Lecturas prohibidas.

Nos, testigo azorado de los estragos que producen esos engendros de mentira, de impiedad y de lujuria, ¿no hemos de lanzar el baldón á tan abominables escritos? ¿no detendremos la mano que lleva á vuestros labios

el veneno, ó guardaremos silencio cuando vais á causaros la muerte? No, que esto se llamaría ser traidor á nuestra misión sagrada.

He aquí las reglas que debéis seguir en vuestras lecturas:

Obras hay que están expresamente condenadas, otras cuya lectura queda vedada por regla general, y algunas finalmente, que la ley natural y la conciencia cristiana prohíben.

La Santa Sede condena ciertos libros bajo las penas más severas, indicando su título y autor en un catálogo llamado Índice. Estos libros no podeis leerlos, ni conservarlos, ni enseñarlos.

Pero no vayais á creer que por la simple razón de no estar en el Índice, podáis leer, conservar ó pasar á otras manos impunemente, cualquiera otra obra. Existen reglas generales que vedan la lectura de escritos peligrosos para la fe y costumbres cristianas. Y así la Iglesia prohíbe la lectura de libros escritos por autores apóstatas, herejes ó cismáticos, con objeto de defender sus errores; ó bien por los que se hallan fuera de la comunión de la Iglesia Romana, siempre que traten de asuntos religiosos, de suerte que puedan atraer á los lectores á sus ideas.

En esta clase de libros prohibidos se comprenden las versiones de la Sagrada Escritura publicadas en lengua vulgar, sin autorización legítima; porque tales versiones, sobre todo si proceden de Sociedades Bíblicas, suelen estar llenas de errores.

Por último, la Santa Sede prohíbe, de una manera absoluta, la lectura de libros obscenos.

En cuanto á los diarios y otras publicaciones periódicas, que atacan positivamente la religión y buenas costumbres quedan prohibidos tanto por derecho natural como por las leyes eclesiásticas. El Soberano Pontífice deja á los Obispos el cuidado de dar á los fieles las instrucciones necesarias sobre el particular, como Nos lo hemos hecho en los Estatutos diocesanos.

He aquí las reglas que Nos hemos dado á todos los sacerdotes que tienen cura de almas:

“Cuando se presente ocasión favorable, particularmente en el santo tribunal, advertirán prudentemente á los fieles, conjurándolos *en toda paciencia y doctrina* que se abstengan absolutamente y siempre de leer los libros y periódicos malos, que la prensa esparce, desgraciadamente, por todas partes.

No olviden el hacer palpar á los lectores de esa clase de periódicos los males inmensos causados á la Iglesia, á la familia y á la sociedad, por los periódicos antireligiosos, y refuten con razones sólidas los pretextos que se invocan para permitirse tal género de lecturas.

El clero insistirá sobre la materia y muy especialmente con los padres, tutores, preceptores y maestros de la juventud; en una palabra con todos aquellos que, por estado ó por deber, están obligados á oponerse al mal; no sea que á pesar de ser personas responsables causen la pérdida espiritual de las almas, con su negligencia culpable.”

Tales instrucciones van dirigidas por cierto á los sacerdotes dedicados al santo ministerio, y no dudamos que se atendrán á ellas, con celo inteligente y constante, como nuestros asiduos cooperadores. No obstante eso, el blanco especial de tales instrucciones, sois vosotros, carísimos hermanos; pues se trata de vuestra fe, de vuestras tradiciones religiosas, del bien de vuestras almas, de vuestros intereses más preciosos en el tiempo y en la eternidad.

V. Las malas lecturas son en extremo peligrosas

para las almas.

Malos en sí mismos, condenados por la autoridad religiosa y la conciencia cristiana, los escritos contrarios á la fe, á la moral y á la disciplina de la Iglesia, ¡cuánto más dignos de reprobación nos parecen, con relación á

los estragos por ellos causados en las almas, en las familias y en la sociedad entera! ¿No proceden acaso de esta fuente emponzoñada la mayor parte de los males, que hoy lamentamos?

El libro es otro hombre, por decirlo así, con el cual entramos en conversación; es un amigo admitido en la intimidad durante las horas de solaz, experimentando su influencia sin saberlo; se apodera de la inteligencia, del corazón, de la imaginación y de los sentidos. Nos cautiva, nos seduce, nos domina. Nos repetirá cien veces lo mismo, reproducirá la misma imagen y nos arrastrará con su acento apasionado. Por eficaz que sea, la palabra es pasajera y fugitiva; mientras que la elocuencia muda del libro posee la duración del bronce, una especie de inmortalidad comunicada por la vida del pensamiento. A través de los siglos vuelve á despertar en las almas las ideas, impresiones y sentimientos á que dió origen al presentarse por vez primera.

Para el apostolado del bien es el libro precioso auxiliar, como lo atestigua la historia de los santos y de los hombres grandes; pero al mismo tiempo ¡qué arma tan terrible para la propaganda del mal! El libro malo, dice un autor moderno, ha tomado todas las formas: volumen, folleto, entrega; ha revestido todos los atractivos de la impresión, del grabado y hasta de la encuadernación. Se vende á todo precio, desde el oro hasta el cobre, y así consigue llegar á todas las manos, sea por la edición popular, sea por la de lujo. En efecto, pasa del castillo á la choza, del taller á la buhardilla, del salón á la taberna, de las manos blancas á las callosas: es una potencia universal.

Sin embargo, por fuerte que sea la seducción externa del libro, hay algo todavía más temible: la complicidad secreta que en nosotros encuentra; el orgullo, la curiosidad, la sensualidad, son otras tantas voces que abogan por él, como abogaba la serpiente por el fruto vedado.

VI. Son perniciosas ante todo para la juventud.

Las malas lecturas ejercen sobre todo un imperio fatal sobre la juventud. Vosotros lo sabéis ¡oh padres cristianos! que no perdonáis sacrificio para educar al hijo en la inocencia y la virtud; mas llega un día en que un compañero pone á escondidas en sus manos un librito, y ahí teneis una conciencia que se empaña, desaparece el candor de la mirada y el alma pierde el respeto y hasta la idea del deber. Bastarán algunas semanas, algunos días quizá, para destruir la obra de largos años.

Y vosotros también, sacerdotes celosos, pastores y padres de las almas, que instruis con amor á las nuevas generaciones confiadas á vuestro cuidado, las formáis en la práctica de la virtud, les mostrais en el ideal cristiano la fuente de la justicia y felicidad; las veis crecer con un gozo que alienta vuestra esperanza. Trabajáis largo tiempo, con paciencia y sin desfallecer; mas cuando, al parecer, llegáis al término y debíais cosechar en la tierra donde sembrásteis tan buena semilla, llega un libro infame y hecha por tierra en pocos instantes el edificio levantado con tanto sudor y perseverancia, edificio que ha costado toda la sangre de un Dios.

¿No es esta la desgarradora historia de cada día? Atestigüenlo los padres de familia, los profesores de la juventud, los hombres de experiencia y sobre todo, las desgraciadas víctimas de las malas lecturas.

VII. Son peligrosas á toda edad.

Y no vayáis á creer que la prensa antirreligiosa é inmoral ejerza únicamente su perniciosa influencia sobre la juventud. *Los sentidos del hombre están inclinados al mal desde su mocedad*, dice la Escritura; pero esa inclinación funesta no muere sino con él. A todas las almas conduce á la incredulidad, á la depravación moral, al desprecio de la religión y hasta de la justicia y equidad natural, esta propensión al mal, y mas cuando se

fomenta con tales lecturas. Todos los siglos han deplorado caídas lamentables y degradaciones espantosas que hacían exclamar á San Agustín: "He visto caer en la ignominia á los cedros del Líbano, cuando su santidad me inspiraba tanta confianza como la de Ambrosio y de Gerónimo."

La mala lectura aparta á las almas de la práctica del deber, manteniéndolas en un mundo quimérico y haciendo que se rebelen contra la ley del trabajo y las penalidades de la vida real. Provoca en ellas calenturientas agitaciones y un estado tal de inquietud, que altera las facultades mentales, agota el organismo y engendra esas enfermedades misteriosas que desconciertan la ciencia. ¿De dónde proceden tantos accesos de desesperación y de frenesí, esas aberraciones de la mente y de la conciencia, que llevan á tantos desgraciados á darse la muerte, como si el suicidio les abriese el abismo de una nada eterna? Tales consecuencias son efecto de una vida desordenada, es verdad; pero el desorden mismo es fruto de las lecturas prohibidas. ¡Cuántos criminales no han confesado ante los jueces que tal novela, tal folleto, tal periódico, los había pervertido é inspirado sus crímenes!

VIII. Las publicaciones malas ocasionan la ruina de las familias.

Las miserias físicas y morales de que venimos tratando, no se limitan, por desgracia, á la vida individual. Es el libro perverso, el peor enemigo de la familia, como lo es del hombre, por una consecuencia inevitable; en efecto el hombre lleva el contagio y el castigo de sus propios vicios al interior de su hogar. Todavía más, la mala prensa desnaturalizando la noción cristiana del matrimonio, es el disolvente más activo de toda virtud doméstica.

Para muchos, el matrimonio ha dejado de ser la unión santa instituida por Dios, elevada por Jesucristo á la

dignidad de sacramento, y consagrada por la autoridad de la Iglesia; es un contrato puramente natural, tan frágil como todo convenio humano. Para otros, ni siquiera llega al grado de sociedad permanente, sancionada por las leyes; es una asociación libre, un encuentro pasajero, caprichoso como la pasión, y brutal como el instinto. La prensa es quien ha preparado, quien aumenta de día en día esa degradación de la unión conyugal, tanto en las ideas como en las costumbres. ¿Quién puede contar las infidelidades, las discordias, las separaciones y divorcios, cuyas causas agobiando á los tribunales, son oprobio de la sociedad contemporánea?

A la prensa antirreligiosa debe atribuirse también la preponderancia de los principios de la nueva educación: educación sin Dios, sin fe, sin ideal, sin respeto á lo que es verdaderamente noble y elevado. Es cosa palpable cómo se debilitan y extinguen insensiblemente, en las nuevas generaciones las tradiciones de obediencia, de amor y piedad filial que, en tiempos más dichosos, constituían el honor y la fuerza de las familias cristianas. El niño crece en algunas familias, como el salvaje en el desierto; no se le instruye en sus deberes, ni se corrigen sus faltas, ni se le advierte el peligro, ni se le alienta en los desmayos. Semejante á los héroes de sus lecturas, no sueña mas que bienestar, placer, aventuras, emancipación completa. Mucho será que no reciba las exhalaciones corruptoras de aquellos que debieran servirle de guía en la senda del bien; pues tantos padres hay que no pueden sino culparse á sí mismos, cuando el deshonra y la desgracia afligen su hogar.

IX. Son desastrosas para la sociedad.

Recopilad ahora todos los efectos de las malas lecturas: pérdida de la fe, corrupción prematura de la infancia y juventud, irreligiosidad en la edad madura, envilecimiento de la mujer, disolución de la familia, ausencia de principios religiosos en la educación, decadencia

de las virtudes privadas, depravación de las clases populares, y comprenderéis las consecuencias funestas de semejantes miserias en la misma sociedad.

Nadie ignora que las malas lecturas han sido siempre plaga de la religión y de la Iglesia. Todas las herejías, todos los cismas, todos los errores se han propagado y arraigado por medio de los libros. Baste recordar la difusión del protestantismo en el siglo diez y seis. Indudablemente tuvieron en ella gran parte las predicaciones de los reformadores, y la influencia de príncipes corrompidos. Mas la guerra emprendida contra la fe tradicional y la autoridad de la Iglesia Romana, se ha sostenido con infernal encarnizamiento, gracias á los libelos, á las hojas de propaganda y á las caricaturas vendidas por pregoneros, hasta en las chozas donde se encuentran todavía; guerra es esta de calumnias, de violencias y groseras injurias, que sacudió el edificio quince veces secular del catolicismo; separando del centro de la unidad, grandes y poderosas naciones.

Al finalizar el siglo diez y ocho, una revolución sin ejemplo en crueldad y locuras, difundió el terror en nuestras comarcas. Hubiérase dicho que la Iglesia estaba sepultada para siempre en la tormenta: los sacerdotes veíanse arrastrados á la prisión ó al cadalso, los templos entregados al pillaje, y el culto abolido. Aquello era el triunfo de la campaña emprendida por escritores, enemigos acérrimos de las creencias é instituciones religiosas. Dos hombres se distinguieron particularmente en esta lucha odiosa, Voltaire y Rousseau, desventurados personajes cuyas obras produjeron las catástrofes revolucionarias, y cuya memoria ha quedado en execración.

Después, el combate, lejos de haber terminado, se ha generalizado y enconado, y la prensa llamada libre, ha extendido sus estragos desde la cima hasta la base de la escala social. Cada cual puede comprobar por sí mismo un dato importante, y es la correlación exacta que media entre los adelantos de la mala prensa y los de la irreligiosidad. Recorred las casas una por una, sin salir del

círculo de vuestras relaciones, y veréis que las ideas y las costumbres corresponden á la lectura. Esta señal no engaña: ordinariamente el periódico, por sí solo, os indicará cuales son las ideas respecto á la religión; y las ideas se retratan fielmente en las costumbres. A medida que van penetrando en el pueblo las publicaciones malas, vemos desvanecerse en él, la fe, el respeto á la Iglesia y á la autoridad de los pastores.

Nuestros enemigos se regocijan por ello, bien lo sabemos, ansían que llegue un día en que vean perecer el último sacerdote, y derrumbarse el último templo; ¡insensatos! no advierten que el templo aplastaría todo cuanto protege, al desplomarse, pues que no hay seguridad para el hogar sino á la sombra del altar, y que todo atentado contra la religión, hiere al gobierno de rechazo. Las grandes verdades sociales son dogmas religiosos. La Iglesia es la que consagra la fuerza y dignidad del poder, la autoridad de las leyes, la libertad de los ciudadanos, el respeto de la vida y de los bienes ajenos. ¿Qué no han leído la historia los que desean la desaparición de la Iglesia? ¿No les han abierto los ojos tantas catástrofes sangrientas? ¿No han visto que la persecución religiosa, fomentada por la prensa impía, ha sido siempre precursora de los trastornos revolucionarios?

Mas no salgamos de los tiempos actuales. La prensa ya no se limita á combatir las creencias é instituciones religiosas. El asalto se dirige diariamente contra los principios esenciales de todo orden público. Quien escribe "*Dios es el mal*," no se detiene en este axioma impío; antes conforme con su inexorable lógica prosigue: "*Ni Dios, ni Señor*," todavía más: "*La propiedad es el robo*." Máximas harto bien comprendidas, acogidas con entusiasmo, de parte del pueblo, como si fueran verdades de un nuevo Evangelio. El pueblo lee mucho hoy en día, y lee de preferencia lo que halaga sus pasiones.

El pueblo tan pacífico, tan respetuoso y sensato cuando poseía la fe, se vuelve inquieto, insolente é intratable, á medida que va olvidando las enseñanzas religio-

sas. Mil publicaciones maléficas introducen en su seno las mentiras é impiedades, que en otro tiempo perdieron á los nobles y á los ricos, conformándose fielmente á una consigna célebre: "*Es menester enseñar al pueblo á blasfemar*." Pero el pueblo blasfemo es también pueblo rebelde y en los días de furor, su mano se entrega al pillaje, al incendio, al asesinato; en una palabra, á todos los crímenes de la revolución y de la anarquía.

Así pues, lejos de quejaros y de acusar á la Iglesia, cuando condena las lecturas malas, debiérais darle las gracias y bendecirla. Todavía más, debéis ayudarle en este ministerio de purificación moral y religiosa. Por que ella os defiende y protege, en realidad: defiende vuestros intereses, vuestros empleos, vuestra seguridad, y sobre todo vuestras almas, vuestros hogares, vuestros altares, vuestra salvación temporal y eterna.

X. *Cómo debe entenderse la libertad de imprenta.*

La Iglesia de Jesucristo condena los libros malos, cuya lectura prohíbe formalmente. Ha ejercido siempre ese derecho indiscutible, y á pesar de las ideas de independencia esparcidas por el mundo moderno, lo ejerce todavía; pues sabe que no hay nada tan funesto para las almas, para las familias cristianas, para la sociedad civil y religiosa, como las publicaciones contrarias á la fe á la moral y disciplina eclesiástica.

Alerta pues, contra una preocupación tan generalmente extendida. Fácilmente nos imaginamos, que la libertad de pensar y escribir garantizada por las leyes actuales, autoriza para recibir y leer cuanto publica la prensa; sin embargo, debemos hacer una distinción importante.

Por razones que no es del caso discutir ahora, los estados modernos profundamente divididos respecto á las creencias religiosas, no protegen los principios cristianos, como lo hacían en otros tiempos; ni reprimen con sanciones penales los ataques dirigidos contra esos mis-

mos principios. Por su parte, la Iglesia, con objeto de ejercer pacíficamente su ministerio sagrado, y evitar intervenciones arbitrarias y vejatorias en el terreno de sus derechos, se ve obligada á tolerar ese mal en obvio de males mayores. Pero de aquí no se sigue, que apruebe la libertad de imprenta en sus extravíos, ni que podamos leer cuanto se imprime contra la fe, la moral y las instituciones religiosas. En virtud del derecho común, reclama la libertad del bien, la que permite á los fieles exponer, defender y propagar las verdades de nuestra religión santa; pero al mismo tiempo condena la libertad del mal, condena, más enérgicamente que nunca, las obras impías y licenciosas que pervierten á las almas.

XI. Pretextos que se invocan para leerlo todo.

Bien sabemos, que se hacen valer razones falaces para tomarse la libertad de leerlo todo, á pesar de las prohibiciones reiteradas de la autoridad competente; mas, en verdad, son pretextos que no soportan un examen serio. Revisemos las excusas de la ignorancia, de la vanidad, de la presunción, de la curiosidad nociva, de las pretendidas necesidades sociales.

XII. 1.^{er} pretexto: no veo nada malo en ello.

Nada más frecuente que oír: ¿Por qué se nos prohíbe leer tal libro, tal revista, tal periódico? En verdad, nada encuentro en ellos que sea contrario á la religión ni á las costumbres. Si algunas veces atacan á la Iglesia, es cosa personal y secundaria.

Supongamos que así sea: ¿No encontráis nada censurable en tales lecturas? No obstante, ojos más penetrantes han descubierto errores en ellas; la autoridad encargada de enseñaros y conducirnos, halla peligros en las mismas. Si no veis el mal dejaos al menos instruir. ¿Habéis recibido acaso la luz infalible de la verdad? ¿Con vosotros, ha prometido Jesucristo permanecer has-

ta el fin de los tiempos? Por vosotros rogó para que no desfalleciera vuestra fe? No por cierto, á la Iglesia y á su Jefe se prometió el auxilio divino; en cuanto á vosotros, lo más puesto en razón es que sometáis el juicio á las decisiones de una autoridad divinamente establecida.

Mas decidme, ¿os parecen de veras intachables las lecturas que se os prohíben? Apenas podemos creerlo.

Si lo que se escribe del mismo Dios, del sacerdote, de la religión y de la Iglesia, se publicase de vosotros, de vuestra familia, de cuanto os atañe, las obras que juzgáis inofensivas, inmediatamente revestirían á vuestros ojos otro carácter, y jamás volverían á pasar los umbrales de vuestra casa. ¿Hombres de poca fe ¿qué es esto? El libro y el periódico son malos cuando hieren sentimientos personales y ¿no lo serán cuando menoscaban el honor divino, cuando se befan de vuestras creencias y ponen en peligro vuestras almas y las de vuestros hijos? Tal es la inconsecuencia, ó mejor dicho, la ceguera de los hombres, en los tiempos actuales.

XIII. 2.^o Pretexto: sólo busco el arte.

Para oponer á las condenaciones de la Iglesia, busca la vanidad humana inmunidades que, ni la razón ni la conciencia, le pueden conceder jamás. Se dicen *artistas*, *hombres de letras*, ó simplemente *hombres de mundo*, y en tal calidad, se emancipan de cualquier tutela; se autorizan, para leerlo todo con el pretexto pomposo de que buscan el arte y *de que el arte todo lo purifica*. "Es esta, dice un orador sagrado, una de las fórmulas más en boga, el día de hoy, pero que indica muy poca filosofía. Si no decidme, ¿deja el veneno de ser veneno porque se beba en vaso de oro cincelado? ¿Acaso las galas del estilo no hacen la idea mil veces más incisiva, más mortífera por consiguiente, en vez de hacerla inofensiva? Tal soneto de un poeta á la moda, que presenta al vivo la desnudez antigua, en toda su gala, es una obra corruptora en alto grado; pues que ofrece á la vista, con rasgos

indelebles y un colorido que realza los objetos, una imagen voluptuosa; imagen que ofusca al alma, se apodera de ella, y algún día la inducirá al pecado”.

XIV. 3.^{er} pretexto: no corro peligro.

Lo que acabáis de oír acerca de una virtud tan delicada, puede aplicarse igualmente á la integridad de la fe. En vano se jactan algunos, de que la lectura de obras impías é inmorales no les hacen mella. Presunción funesta, condenada á la vez por la Iglesia, columna y fundamento de la verdad, por la experiencia de todos los siglos y por el buen sentido más vulgar.

Tal vez creáis, lectores inconsiderados de la mala prensa que la Iglesia, al apartar de vuestras manos los escritos malos, defiende su propia debilidad, como si temiese el valor intelectual de sus enemigos, ó como si dudase del poder de su fé. No es así; á vosotros os protege, pues sabe que muchos carecéis de la instrucción necesaria para descubrir y refutar los sofismas de los incrédulos. Conoce, sobre todo, cuán frágil y vacilante es vuestra virtud, y que el menor incentivo de las pasiones desordenadas, halla eco en vuestros corazones.

¿No ha visto desde su origen inteligencias superiores seducidas por el error? ¿no ha visto las almas más virtuosas sucumbir ante el atractivo de obras lascivas? Aquellas víctimas de libros emponzoñados, eran cristianos escogidos, sacerdotes instruidos, y á veces, hasta pastores venerables encanecidos en el servicio del santuario. ¡Alerta pues, almas presuntuosas! El libro tiene más astucia, y más poder de lo que vosotros pensáis.

Se ha dicho con sobrada razón: una cosa es conocer la religión para practicarla con sencillez y obediencia, y otra conocerla bastante para discernir el error, y responder á las objeciones presentadas con la astucia de la mentira. Lo dicho puede aplicarse particularmente al periódico; pues como tiene la palabra todos los días, acaba por triunfar de los principios, de los sentimientos y de

la resistencia de sus abonados. Vuelve sin cesar á la carga, se aprovecha de todas las circunstancias, ó las inventa si al caso vienen, con tal de llegar á sus fines. Sabe presentar los hechos y aun desnaturalizarlos, para salir con la suya.

Si en este incesante comercio con la literatura maléfica no se apaga la fe, necesariamente se altera y debilita. Con tal atmósfera, se enerva el temperamento cristiano más robusto. Los lectores de libros y periódicos malos, se ven arrastrados por un impulso más fuerte que su voluntad y sus intenciones. Al principio se sublevan, luego se apaciguan, vacilan, y acaban por rendirse. Entonces los llevan á remolque, por decirlo así, los escritores hostiles que obedecen á la consigna lanzada largo tiempo ha, y ejecutada con infernal perseverancia. “*No se trata sólo de refutar al catolicismo, sino de extirparlo; no sólo de extirparlo, sino de deshonrarlo; no sólo de deshonrarlo, sino de ahogarlo en el lodo.*”

XV. 4.^o Pretexto: es necesario saber todo lo que pasa.

En la sinceridad de su corazón, los cristianos ilustrados reconocen el peligro de las malas lecturas, y rinden homenaje al celo de los pastores que las condenan. Existen sin embargo algunos que, inconsecuentes consigo mismos, se dejan dominar por la curiosidad, la fuerza de la costumbre y las prevenciones del mundo. Es menester saber lo que pasa, dicen, prestar oído á los adversarios; en un siglo de discusión como el nuestro, no es posible ser intolerante.

Muy bien, pero nos parece que se puede saber perfectamente lo que se dice, lo que pasa, sin pedir informes á nuestros enemigos, sin mezclar con el relato de los hechos y la discusión de los principios, todos los errores, locuras y extravagancias de espíritus predispuestos en

contra nuestra. ¿Desde cuando es necesario sumergirse en las tinieblas para distinguir la luz, y absorber veneno para distinguir los buenos alimentos? Pretender aprender la verdad en la escuela de la mentira, es locura, y sin embargo tal es la pretensión de los que como dicen ellos mismos, leen *el pro y el contra*. He aquí de donde proceden, no hay que dudarlo, tantas ideas erróneas, tantas prevenciones mezquinas, tantas apreciaciones injustas de las cosas más legítimas, é indiscretas aprobaciones de las más reprobables; y esto en hombres por otra parte adictos á la Iglesia.

XVI. 5º *Pretexto: La tolerancia moderna.*

En cuanto á la acusación de intolerancia que se nos dirige, con motivo de haber condenado las malas lecturas, Nos respondemos con una sola palabra: *Todos somos intolerantes en cuanto se trata de nuestra defensa y seguridad*. Somos intolerantes para con los elementos destructores: animales dañinos, epidemias, agresores que nos amenazan. Para nosotros, las malas lecturas representan en el orden moral la mordedura de la serpiente y el contagio de la peste. Después de lo dicho, convenimos sin dificultad en que se pueden tener razones legítimas de leer publicaciones prohibidas, en casos excepcionales; el interés de la ciencia, los deberes de la posición, y la misma defensa de la Iglesia, imponen esta necesidad á ciertos hombres. Nos hemos previsto el caso, y á este propósito recordaremos las disposiciones de nuestros Estatutos diocesanos:

“Si aconteciere que los fieles, en vista de las necesidades de la ciencia ó de las exigencias de su posición, se viesen obligados á leer ó recorrer un libro, un diario, una publicación periódica contrarios ó perjudiciales á la fe ó á las costumbres, pedirán la autorización del Obispo por conducto de su párroco ó de su confesor. Sin embargo, tratándose de un periódico malo, el párroco ó el confesor podrán permitir su lectura por tiempo limitado.”

“Tal permiso no se concederá sino por motivo justo, y á personas discretas y firmes en la fe; pero nunca tratándose de escritos obscenos publicados con intento de provocar las pasiones vergonzosas.”

La Santa Sede hace, á este propósito una advertencia importante: “Los que tengan permiso de leer obras prohibidas, no perderán de vista que están obligados, bajo pena de culpa grave, á guardarlos de modo que no puedan llegar á otras manos.”

XVII. *Conclusión.*

Dejemos pues esos libros, esos periódicos y obras nefandas que oscurecen el criterio cristiano, corrompen el corazón y despiertan los más perversos instintos de la naturaleza degradada. Son origen de grandes males y no pueden hacer bien alguno. Guardémonos sobre todo de favorecer, por medio de suscripciones las revistas periódicas, que atacan á la religión y moral cristiana. La suscripción, por familiarizarnos con ellas, las hace más peligrosas. Seriamos además responsables de los estragos causados en las almas, contribuyendo á ellos con el dinero y el ejemplo.

¿Qué necesidad tenemos de ir á buscar en las publicaciones emponzoñadas el alimento del espíritu y del corazón, cuando lo encontramos en escritos mil veces mejor inspirados? A veces se oyen quejas por la escasez de buenos libros; prevención es ésta que se desvanece ante los hechos. *No son los libros lo que falta á los lectores, sino lectores para los libros buenos*. En todos los tiempos ha contado la lengua cristiana con incomparables obras maestras; el siglo que acaba de terminar, vió desarrollarse una literatura brillante y rica, inspirada por el espíritu católico. No se diga que los periódicos y escritos que defienden á la Iglesia son inferiores á los demás, en cuanto á los informes, al movimiento de los negocios y al progreso material. Historia, artes, letras, ciencias, asuntos sociales y económicos, tienen, entre

nuestros escritores, los más autorizados representantes. Dirijámonos á nuestros apologistas y defensores para instruirnos é instruir á los demás; porque no basta, para cumplir con nuestro deber en la época actual, que leamos nosotros las obras inspiradas en el espíritu cristiano, si no difundimos en torno nuestro su conocimiento. Así el buen libro como el buen periódico son apóstoles del bien; su influencia es tanto más necesaria y preciosa, cuanto menos se frecuenta la casa de Dios y menos se escucha su palabra. Opongamos á la propaganda desenfrenada de la mala prensa, una propaganda contraria, activa, constante é infatigable. Combatamos al enemigo con sus propias armas, y hagámoslo con la intrepidez y abnegación dignas de la santa causa que defendemos.—Dado en Tournay, el 17 de Octubre de 1902.—Carlos Gustavo, Obispo de Tournay.

Nada nos queda, después de lo dicho por este esclarecido Príncipe de la Iglesia en su Carta pastoral, sino encareceros su lectura.

Y para que no os limitéis á escucharla en el templo á donde acudís á oír la Santa Misa, sino que la meditéis en casa y la hagáis leer á vuestros amigos y conocidos, y muy principalmente á aquellos que sepáis que acostumbra leer libros malos ó periódicos no católicos, hemos dispuesto que se haga de este documento una edición copiosa para que los Señores Párrocos den un ejemplar á todo el que lo pidiere.

Concedemos además cuarenta días de indulgencia por cada vez que se lea, ú oiga leer ó se consiga que otros lean uno de los dieciseis números ó artículos en que está dividida esta pastoral.

Ordenamos finalmente que esta Carta se lea en todos los templos de la Diócesis á la hora de costumbre, dividida en tres partes, una en cada uno de los tres domingos siguientes después de recibida.

Os enviamos, amados hermanos é hijos nuestros, la

bendición pastoral en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dada en León, el 8 de Septiembre de 1903.

† Leopoldo,

Obispo de León.

Por mandato de S. S. I.

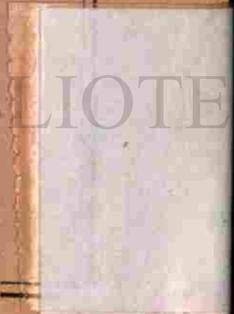
Angel Martínez,

Srio.



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



003